

Teruel, José y López-Ríos, Santiago (Eds.). *El valor de las cartas en el tiempo. Sobre epistolarios inéditos en la cultura española desde 1936*. Madrid, Iberoamericana Vervuert (Colección La Casa de la Riqueza), 2023, 388 pp.

M.^a ÁNGELES VARELA OLEA
Universidad Complutense de Madrid
angelesvarelaolea@ucm.es
ORCID: 0000-0002-2431-5854

EN PLENO APOGEO DE LA EPISTOLOGRAFÍA, sentimos a veces la impudicia de adentrarnos en la vida privada de ciertos personajes, de acceder a pensamientos, palabras y hechos que sus protagonistas idearon, escribieron y realizaron sin tener en cuenta que serían leídos décadas después. Y es que, en ocasiones, hemos visto cómo la magnitud de grandes y prolíficos maestros de nuestras letras queda reducida en el recuerdo popular al apelativo cariñoso, más o menos ridículo, con que este se dirigía a su amante, por obra y desgracia de la publicación de aquellas cartas que nos desvelaron el chascarrillo de sus amoríos. Entonces, y aunque esas cartas tengan un valor documental que ilumina a sus autores y a sus obras, cabe preguntarse la licitud de hacer público lo que fue escrito para permanecer en la intimidad. Sin embargo, estos son casos aislados y, afortunadamente, son muchos más los epistolarios que nos ayudan a reforzar intuiciones sobre autores, que nos revelan intenciones latentes en una obra o proyecto literario y que nos derrumban prejuicios sobre una época. En estos casos, los epistolarios se convierten en una herramienta privilegiada para ratificar cuestiones, de otro modo, indemostrables.

Esta inquietud sobre la licitud de hacer público lo privado es obligada reflexión en los editores de epistolarios como los del presente volumen, fruto de los trabajos del proyecto «Epistolarios inéditos en la

cultura española desde 1936» y que reúne las reflexiones de quince especialistas sobre el significado de otras tantas correspondencias de un variado espectro de autores. Sus editores, José Teruel y Santiago López-Ríos, recuerdan en el prólogo la opinión en contra de la publicación de epistolarios que tenían Julián Marías, y más recientemente, su hijo, Javier Marías, quienes se negaban a considerar los epistolarios como parte de la obra de un escritor. Sin embargo, tanto Teruel como López-Ríos tienen amplia experiencia epistolográfica –Teruel ha editado anteriormente cartas de Américo Castro, Jiménez Lozano, Carmen Martín Gaité y Juan Benet, y López-Ríos algunas de Miguel Delibes, Santiago Alba y Juan Goytisolo, entre otros–. Por ello, saben de la importancia que tiene el intérprete, pues es el responsable de contextualizar las cartas. La publicación de un epistolario no debe ser como «meter las narices en correspondencias ajenas, por soñar que uno es aquel destinatario» [2023: 15]. Si bien, el editor de epistolarios no debe limitarse a transcribir y anotar el hatillo de cartas reunido: su obligación es «descodificar la deixis de la intimidad». El editor –escriben – es algo así como un segundo autor, no coautor –matizan–, sino quien tiene la tarea reconstruir para el lector actual las condiciones en que se escribió la carta y describirnos la relación del autor con su corresponsal, es decir, las circunstancias que hacen verdadero algo sentido por alguien en un momento preciso y formulado para un interlocutor explícito. Es así, a través de la fecha y relación concreta, cómo el epistolario muestra rastros del pasado, útiles para entender los matices e intenciones autoriales de una obra.

Lejos de la inocencia con la que los autores decimonónicos revelaban filias y fobias en la intimidad privada del papel escrito solo para su destinatario, el escritor del siglo XX era más consciente de que su carta puede tener un valor patrimonial. Así nos lo recuerda Luce López-Baralt en el primer trabajo que abre este libro colectivo sobre epistolarios inéditos. Salinas se lo señalaba por carta a Guillén: si las cartas valían la pena, ya se sabía que les esperaba la publicidad; de ahí el comedimien-

to de la autocensura con que este último las redactaba. El trabajo de la profesora López-Baralt en este volumen reflexiona sobre las cartas que Jorge Guillén le envió desde 1964 hasta 1982, y anticipa que el epistolario será publicado pronto. En tan dilatado periodo de tiempo, la privilegiada joven de 19 años inició una amistad con el poeta consagrado de 71 años que duró hasta su fallecimiento. Y como nos anticipa López-Baralt, las cartas reflejan una amistad que con el paso de los años fue evolucionando e intensificando su afecto. La profesora logra con acierto transmitirnos a través de los detalles y anécdotas autobiográficas, esa parte personal que permite percibir una nueva dimensión del poeta, quien era amigo también de quien inicialmente era su novio, y casamentero, fue, también, invitado a la boda de sus jóvenes corresponsales, donde recitará sus versos. Su retrato señala la unión permanente del poeta con la trascendencia, con el Todo –en palabras de López-Baralt–. En ese sentido, y a diferencia de lo que ofrecen otros epistolarios de Jorge Guillén, la correspondencia mantenida con López-Baralt constituye un testimonio privilegiado y más personal, que da a conocer matices nuevos de la personalidad del poeta.

Los editores aciertan al continuar el volumen con el estudio que Javier Huerta Calvo dedica al epistolario inglés de Leopoldo Panero, el polémico poeta de la generación del 36. Gran conocedor y promotor del estudio del escritor astorgano, el profesor inicia el estudio sintetizando las que denomina «tres derrotas» de Panero: la ocasión en que sus antecedentes izquierdistas casi acaban con su fusilamiento, aquella en que, como adalid tardío del franquismo, polemizó contra Pablo Neruda, y la tercera y más conocida ocasión, en que su viuda e hijos dieron rienda suelta a sus rencores en *El desencanto*, de Jaime Chávarri. Este preámbulo al núcleo del estudio se hace especialmente importante al tratar a un personaje tan controvertido como Leopoldo Panero. Pero el núcleo es ese epistolario inglés se centra en sus estancias en el Reino Unido: primero como estudiante del idioma en 1933, y 1935-1936, y, luego, como funcionario del Instituto de España en Londres

durante 1946 y 1947. Sus estancias en aquel país reflejan episodios interesantes y poco conocidos, como la amistad con Unamuno, a quien sirvió de interprete en la Universidad d Oxford, cuando fue investido doctor *honoris causa*. Por aquel entonces, Panero residía en Cambridge, trataba con Luis Felipe Vivanco y era invitado de T.S. Elliot. Especial interés tiene el incidente con Luis Cernuda, quien vivía en Londres en los años en que Panero viajó allí como encargado del Instituto de España, y asunto sobre el que Huerta ya había aclarado algunos aspectos con anterioridad. Compañeros en las Misiones Pedagógicas, su disensión literaria fue superada, como consta por los encuentros de la familia Panero con Cernuda en numerosas ocasiones posteriores a aquel desencuentro. Todo ello queda reflejado en este capítulo que concluye con la idea que el sustituto de Panero en la dirección del Instituto en Londres expresará sobre él: un hombre bueno e inútil para todo aquello que no sea su poesía.

La correspondencia inédita de Dámaso Alonso es el centro de atención del capítulo de José Antonio Llera, quien se sirve de la documentación conservada en la Biblioteca de la Real Academia Española para reproducir la incómoda situación de quien tenía difícil encaje en los extremos surgidos con la Guerra Civil, y, por ello, sentía el desprecio de ambos. De ahí, nos dice el profesor Llera, la contradictoria interpretación del poeta como representante del exilio interior, pero también, la del intelectual asimilado por las instituciones franquistas. Una larga carta de Dámaso a Jorge Guillén, el 28 de mayo de 1939, refleja el mismo panorama que otros contemporáneos dieron del día a día de la que se llamó «República Democrática» y cuenta los horrores que el poeta tuvo que sufrir. Perseguidos, coaccionados, muertos de hambre y «alimentados de mentiras», «era todo miseria y desesperación» —escribe Alonso en un interesantísimo testimonio—. Desde la ventana de su casa, la tapia blanca que contempla le recuerda que todas las mañanas aparecían junto a ella «cinco, doce, seis asesinados». Asesinatos, registros y amenazas a la madre del poeta por ser católica y haber he-

cho propaganda contra el Frente Popular. Guillén, en cambio, en su respuesta, nada dice de las penalidades que sufrió en la otra zona, a pesar de haber pasado por prisión, acusado de espionaje. El capítulo reconstruye el ambiente literario, las tensiones y desencuentros de los años cuarenta en que Dámaso Alonso publicó varias de sus mejores obras, mientras mantenía correspondencia con Vicente Aleixandre, Vicente Gaos, Blas de Otero, León Felipe y Emilio Prados.

A veces una única carta, da pie a la reflexión sobre las dificultades de interpretación a las que se enfrenta el especialista. Es lo que les sucede a Julio E. Checa Puerta y Alba Gómez García con una epístola escrita por Gregorio Martínez Sierra a sus hijos desde el exilio. El contexto de persecución y espionaje de 1938 explica el temor al que se refiere en ella y que hizo abandonar Madrid al escritor.

El profesor Domingo Ródenas de Moya se centra en su aportación en el epistolario del exilio de Guillermo de Torre. El poeta y crítico era conocido por sus contemporáneos precisamente por ser un prolijo «epistolómano» –como Lorca lo llamaba–, hecho demostrado por sus casi ochocientos corresponsales, de los más diversos ámbitos culturales, durante más de medio siglo. Tan ingente producción es de difícil manejo, pero se nos ofrece aquí una organización no solo por fechas, sino también por la condición de exiliados o residentes en España de sus corresponsales. De las cartas con el exilio debe tenerse en cuenta que suelen prolongarse hasta el fallecimiento de uno de los corresponsales, como sucede con Juan Ramón, Ramón Gómez de la Serna, Alfonso Reyes y Pedro Salinas, todas ellas editadas. Pero, Ródenas considera también de gran valía las cruzadas con Jorge Guillén desde 1935. Entre los epistolarios del exilio, destaca el de Francisco Ayala, iniciado cuando se traslada a Puerto Rico, el de Américo Castro, el de José Ferrater Mora, el de Corpus Barga y el más abundante de todos, el de Max Aub. Tan voluminoso epistolario es un valiosísimo instrumento para historiar los proyectos editoriales y las iniciativas culturales de los exiliados, o para saber de magisterios como

el que María Zambrano reconoce en Ortega, a pesar de acompañar esa deuda como discípula de la también explícita afirmación que le hace a Torre de que «no soy orteguiana». El profesor Ródenas de Moya se detiene en el intercambio que Torre mantiene con Arturo Barea relativo a su trilogía *La forja de un rebelde*. Como Pablo Rojas publicó en el número anterior de esta misma revista, en aquella primera edición castellana de 1951, en la editorial argentina Losada, Torre tuvo un papel importantísimo como su padrino (*CILH*, 49, 2023, DOI: <https://doi.org/10.51743/cilh.vi49.357>). Queda, por tanto, aún mucho por explorar del abundante conjunto de misivas de Guillermo de Torre, como muestra este trabajo, que servirá en futuras investigaciones para conocer mejor los itinerarios vitales e ideológicos del exilio y su diálogo con la disidencia interior y con el sistema de la dictadura. Como demostración de ello, Raquel Fernández Menéndez, en el siguiente capítulo del volumen, se centra en las cartas que Ángela Figuera Aymerich escribe a Guillermo de Torre. La poeta relata en ellas sus dificultades para integrarse en las redes editoriales, a causa de lo que la investigadora considera «un evidente obstáculo para la publicación de su obra»: el ser mujer. En carta de 1959, Ángela Figuera manifiesta que no le van ni le gustan nada «los “lloriqueos” feministas», pero considera que, en España, la mujer es «un trapo», aunque su situación se va modificando en lo posible, teniendo en cuenta que –a su durísimo juicio–, «el 90% de las mujeres son idiotas prefabricadas» [2023: 159]. También Carmen de la Guardia Herrero se interesa por la correspondencia femenina, en este caso, la de Consuelo Berges Rábago y Eloína Ruiz Malasechevarria, iniciada en 1939 y prolongada hasta 1975, aunque la autora añade que, en realidad, la relación epistolar se mantuvo hasta 1988, año del fallecimiento de la primera de ellas. Lo que se ha conservado de esta relación epistolar está en el archivo de Wellesley College, correspondencia en que las cartas de Berges son más numerosas que las de Ruiz Malasechevarria. Se nos ofrece una visión general del epistolario, de las autoras y del valor específico de la correspon-

dencia femenina y su importancia para conformar su carácter identitario. Ximena Venturini, a continuación, se propone acercarnos a las cartas que Francisco Ayala envió a Eduardo Mallea y a Francisco Romero, quienes eran miembros del Grupo Sur de Argentina. Estos colegas fueron amigos imprescindibles de Francisco Ayala durante su exilio argentino (1939-1950) y, como la investigadora nos desvela, el granadino intervino en las tensiones internas que el grupo argentino vivió durante aquellos años, tanto por causas meramente estéticas, como por disputas de índole política, sin dejar nunca de ser amigo íntimo de Borges.

El valor de las cartas en el tiempo acoge también el trabajo que Elena Sánchez de Madariaga le dedica al cineasta Néstor Almendros, a través de la correspondencia que mantuvo con Pilar de Madariaga. «El catalán errante» fue parte de una red transnacional de exiliados españoles, que tuvo una intensa relación con instituciones del hispanismo académico en Estados Unidos. Profesor del Vassar College y de la Escuela Española de Middlebury College, este epistolario relata sus experiencias y dudas como director de obras de teatro. Además de la experiencia teatral de quien dirigió *El amor de don Perlimplín con Belisa en su jardín* y *Rosina es frágil*, destaca otro momento clave en la vida del cineasta catalán: su retorno a la Cuba surgida tras la revolución de 1959, que pronto se trocará en una decepción que lo llevará de regreso a su Barcelona natal, tres años después.

El «apabullante por inconmensurable» epistolario de Camilo José Cela es el objeto de interés del trabajo que Arantxa Fuentes Ríos realiza en este volumen, centrado en el juego de identidades de Cela en su relación con tres poetas: Concha Lagos, Carlos Bousoño y José Agustín Goytisolo. El director de *Papeles de Son Armadans* se dirige a Lagos, como editora y promotora de la revista *Agora*, a Bousoño, como crítico literario, y a Goytisolo, en calidad de traductor. Por estas cartas de Bousoño sabemos de sus reflexiones literarias y del cariño que que tiene a «tus Papeles, a nuestros Papeles» [2023: 247]. También sabe-

mos de la amistad con Goytisolo, quebrada por la tardanza en la publicación de un artículo que Castellet le había dedicado a su poesía y que consideraba que ayudaría a que *Claridad* obtuviera el Premio Crítica 1961 [«No seas malo, y publícalo pronto», 2023: 253]. En cambio, las cartas con Concha Lagos y Cela reflejan una amistad y admiración mutuas. De los tres correspondientes, solamente Lagos vio en el novelista gallego al poeta que este se sentía.

Uno de los editores del volumen, el profesor López-Ríos, dedica su investigación al epistolario de Américo Castro y Miguel Delibes que, aunque por número no sea muy extenso –poco más de dos docenas de cartas–, constituye un valioso testimonio de la preferencia que el filólogo sintió hacia el novelista. El epistolario comienza, de hecho, en 1967, con motivo de *Cinco horas con Mario*, obra que su hija Carmen Castro le había llevado a California. Cuando este vino a España a pasar las vacaciones de verano de 1967 inició el epistolario felicitándole por el «estupendo soliloquio» de la novela [2023: 267]. Como señala López-Ríos, aquella iniciativa del consagrado filólogo, invitándolo a conocerse en persona, es muestra de un interés inusitado que podría deberse a la coincidencia de ideas y que, posiblemente, le habrían llegado también a través de José Jiménez Lozano, autor, poco antes de la misiva, de una *Meditación española sobre la libertad religiosa*. La pervivencia contemporánea en España de la actitud religiosa más intransigente había sido un tema fundamental tanto en la novela de Delibes como en el ensayo de Jiménez Lozano, amigos y compañeros en el vallisoleitano *El Norte de Castilla*. Por eso, López-Ríos tiene el acierto de extraer pasajes de ambos autores y enfrentarlos en dos columnas, mostrando la identidad de ideas, tan del parecer, además, de Américo Castro. Delibes, unido a Castro por lazos de amistad y familiares, responde agradecido al «alto maestro» que había reconocido en su novela el innegable mérito de reflejar la complejidad y trascendencia de problema tan hispánico como la intransigencia religiosa. Junto a los fragmentos de las misivas, se nos detallan los acontecimientos que las rodearon,

como el encuentro que Jiménez Lozano y Delibes planearon en Madrid con Castro, quien se presentó antes en Valladolid. Así, acompañando las misivas de hechos y testimonios se logra eficazmente apuntalar los andamios sobre los que Delibes fue erigiendo *El hereje*. Pero no es solo esta coincidencia interpretativa respecto a la historia religiosa española la única coincidencia entre Castro y Delibes, puesto que compartían también una misma poética de la novela que fue fundamental en la novelística del vallisoletano.

Otra de las grandes novelistas del XX, Carmen Martín Gaité, es el sujeto del trabajo del coeditor del volumen, José Teruel, así como de María Vittoria Calvi en el capítulo posterior. Como escribe Teruel, Martín Gaité dio sobradas muestras en su obra narrativa, ensayística y traductora de su atracción por la carta. Para la escritora, las cartas se convirtieron en un sucedáneo de la conversación con quienes estaban ausentes, pero también las concebía como un modo de dialogar con el mundo y consigo misma. Así se lo manifestó a Juan Benet: si cultivásemos más la correspondencia «se aprendería también a hablar y a escuchar más sosegadamente en las otras ocasiones, cuando te echaras a la gente a la cara» [2023: 301]. El duelo por la muerte de su hija, el efecto balsámico que le procuraron en su estancia en Estados Unidos, la presencia de Ferlosio en la trayectoria intelectual de Martín Gaité y otras peripecias biográficas de la novelista, sirven al investigador para sustentar su idea de que las cartas son el género autobiográfico que más fija las experiencias y sirven para demostrar lo que en algún momento del autor fue importante y, por ello, parte fundamental de su historia.

El Interlocutor Exprés fue un proyecto epistolar de varios escritores que entre 1992 y 1994 dieron ese nombre a su revista. Unos quince participantes publicaban poemas, dibujos, traducciones o relatos por turnos, que fotocopiaban y enviaban por correo a los demás miembros. La participación de Carmen Martín Gaité en él es el tema central de Calvi, completando el interés del volumen por la escritora salman-

tina, quien no perteneció al grupo de promotores de *El Interlocutor*, pero inspiró la iniciativa y se sumó a ella en su segundo número. *Nubosidad variable* es, de hecho, resultado de un proceso en que la novelista ha reflexionado sobre esa interlocución y el pacto de no-ficción. A esta interesante iniciativa se sumó con una carta dirigida a Belén Gopegui, en una serie de colaboraciones que reafirmarán su «poética del lugar» [2023: 331], su predilección por la representación del espacio en el acto comunicativo.

María Zambrano y José Miguel Ullán se conocieron por intermediación de José Ángel Valente, probablemente en 1968, aunque el poeta acabe rompiendo la amistad con ambos, quienes, sin embargo, la mantendrán hasta la muerte de la filósofa. De ello queda constancia en el epistolario del que se ocupa José Luis Gómez Toré, quien señala la mirada empática de la pensadora hacia los homosexuales, que comenta a su amigo Ullán que ella nunca los ha llamado así, «y los he visto siempre blancos, translucidos, exangües y exánimes» [2023: 347]. En contexto —matiza Gómez Toré, conocedor del pensamiento de Zambrano—, su mirada significa la asunción de la alteridad y de la diferencia. El epistolario aporta una visión de la filósofa sobre esta cuestión novedosa y desconocida, pues no trató de ella en otros escritos. Y para cerrar el volumen, Álvaro Díaz Ventas se ocupa del epistolario de Rafael Chirbes con su maestro, Carlos Blanco Aguinaga, a quien reconocía deberle muchas de sus ideas. Este último capítulo documenta su relación y señala los temas más frecuentes en sus cartas, empezando por sus lecturas, puesto que Blanco será lector de confianza del novelista valenciano.

Así pues, *El valor de las cartas en el tiempo* afirma lo que su título enuncia: que es cuantiosa y muy significativa la información que se desprende de ellas y que la epistolografía requiere de investigadores concienzudos, capaces de poner en relación constantemente lo escrito por sus autores en las cartas con los datos biográficos e históricos que logren trasladarnos el verdadero significado de aquellas palabras matase-

lladas en un tiempo y condicionadas por unos hechos ajenos al lector actual. Este es el hilo conductor de un volumen que hace hincapié en la labor de los investigadores, quienes, como las redeiras de los puertos, trabajan cosiendo y reparando aquellos fragmentos del pasado que, sin ellas, serían una maraña sin sentido.